

donde están mal el *grito*, el *ansia*, el insufrible adjetivo *inacabable* y todo.

Se había muerto *ella*, volvía usted del estudio y dice usted:

«Muy cerca del lugar, junto á la ermita  
De la Virgen bendita,  
A cuyos muros me llegué temblando,  
Aguardábame sola y enlutada,  
Mi madre idolatrada  
Que se arrojó en mis brazos sollozando.

La estreché desolado y convulsivo.

—¡Murió! ¿para qué vivo?—

*Grité con ansia inacabable y fiera...*»

¡Qué había usted de *gritar*, hombre! Ahí no se puede gritar. Es imposible. Gracias que se pueda sollozar, ó murmurar, ó suspirar, ó decir; pero gritar, nunca.

Y luego, con *ansia inacabable* precisamente...

Conque adiós, D. Gaspar. No dirá usted que no le he tratado con dulzura.

¡Ah! Y no se moleste usted en ir diciendo por ahí que no tengo gracia ni gramática, porque ya lo conocerá el público.

Las cosas que están tan á la vista no se deben contar á nadie.

¿Qué necesidad hay de decir, por ejemplo, que usted es bajito de estatura, si lo ve todo el mundo?

## XXI.

## (VERBOS EN CAZUELA.)

Llegamos al conde de Cheste, ó sea á don Frey Juan Manuel González de la Pezuela, que viene á ser el Prior, y aun el peor, en el conventículo antiliterario de la calle de Va-al-verde, número 26... Es decir, que llegamos á lo último.

Y aunque el conde de Cheste ha sido ya juzgado y condenado también como mal poeta en el libro de los *Ripios Aristocráticos*, con todo, por su condición de jefe de la Academia ó gran limpia-vocablos nacional, no puede quedarse sin ración en este libro, para que no haya lugar á decir aquello de que «el mejor danzante, sin castañuelas.»

Tiene costumbre el buen conde de Cheste, que es fino y cortés con todo el mundo, menos con la literatura, tiene costumbre de reunir en su casa, cada año una vez, á sus compañeros de disipación del idioma, para darles una cena y una velada literaria.

Y como el año no tiene más que trescientos sesenta y cinco días, y si es bisiesto trescientos sesenta y seis, el director de la Academia suele pasar por sus vacilaciones y perplejidades para señalar el día más á propósito.

Un año se había fijado desde luego y como por instinto en el día 28 de Diciembre; pero un periódico se apoderó de la noticia, observó que el día fijado era el día de los Inocentes, y celebró la buena elección ó la coincidencia.

Con lo cual tuvo el conde que alterar el programa, ó por lo menos adelantar la función veinticuatro horas, y anunciar la solemne deglución literaria para el 27 por la noche.

Que, si se tiene en cuenta que las fiestas religiosas comienzan desde la puesta del sol de la víspera, ya era día de Inocentes.

Verdad es que *día de inocentes* en el sentido que á esta palabra suele dar el vulgo, lo es cualquier día en que celebren fiesta los académicos.

Es de saber que la cena poco menos que histórica que anualmente da el conde á sus alumnos se suele componer de fiambres, ó sean manjares fríos, para que guarden alguna relación con los versos que de sobremesa se recitan.

Y como los versos, que naturalmente son fríos también, forman parte integrante, digámoslo así, de la cena, el de Cheste ha hecho alguna vez un exceso literario más, á fin de

que sus compañeros en esplendor comenzaran á cenar versos mucho antes de sentarse á la mesa de su casa: les ha escrito en verso el convite.

Ya saben ustedes que el conde-director ha hecho alguna vez que otra versos muy malos, como aquel de

«Yo fui cordero de la santa grege,»

ó los otros que dicen:

«Venturoso mortal que amante guía  
De Maria los pasos al altar.»

Lo que quizá no sepan ustedes es que el egregio conde siempre los hace así.

Y ahora díganme ustedes: un hombre, general ó particular, pues para estas cosas es lo mismo, un hombre que hace malos versos hablando verbigracia de la Virgen María, que es la criatura más poética y más hermosa, ¿qué versos será capaz de hacer metido entre pucheros, cacerolas y sartenes?

Van ustedes á verlo, porque entre amigos, como ustedes y yo, dice el refrán que con verlo basta.

La carta de convite empieza así:

«En Madrid donde resido,  
Entre octavas del Ariosto,  
Y no el veintiuno de Agosto,  
Este engendro he producido.»

Bien que *engendro*. ¡Y es un engendro particular!... lo cual no deja de ser un caso nue-

vo, á primera vista, siendo su padre, como es, general á todas las vistas exteriores.

Desde luego habrán notado ustedes que el poeta, llamémosle así, se propone imitar á Baltasar de Alcázar en su célebre cena jocosas; y como aquélla empieza:

*En Jaén donde resido,*

no ha necesitado el conde-marqués-general-académico más que poner *Madrid* donde dice *Jaén*, para que le saliera bien el primer verso.

Mas en el segundo verso de Alcázar

*Vive don Lope de Sosa,*

que sin duda no debía ser amigo del conde de Cheste, quien, por ver de desalojarle de la habitación, ha metido en ella un nuevo inquilino, que fué gran poeta, pero que traído á vivir donde ha querido el conde, no es más que un ripio, vamos, un individuo degenerado de la familia de don Lope, es decir, de Sosa.

Lo que tiene muchísima gracia es el otro verso, digo, el otro ripio que sigue (porque en las estrofas del conde los ripios se cuentan por versos), en donde el conde pone una especie de fecha negativa, diciendo que no escribe el 21 de Agosto, ó que no reside en Madrid el 21 de Agosto, porque de ambas maneras puede entenderse.

Y vean ustedes, antes que se me olvide, otra cosa particular de los versos del general, que generalmente parece que se pueden

entender de tres ó cuatro maneras distintas, y luego no se entienden de manera ninguna.

Volviendo al 21 de Agosto, notarán ustedes que, á pesar de ser un ripio muy feo, casi no es tan feo como el de las octavas de el autor *Orlando*.

Porque éste no se sabe por qué ni por dónde ha venido, mientras que el veintiuno de Agosto tiene ya alguna razón de ser, aunque sea mala, que sí lo es; la de concertar con el autor de *Orlando*.

Y digo que es mala, porque, aparte de ser una simpleza el andar buscando en los versos palabras consonantes, vengan ó no vengan á pelo, ni aun admitida esta simpleza había necesidad de sacar de su casa y obligar á hacer un viaje de cuatro meses á ese desgraciado día veintiuno de Agosto.

Si D. Juan Manuel creía indispensable convidar á Ariosto á su cena (aunque no se lo ha de haber agradecido), ¿qué mejor que haberle ofrecido lisa y llanamente un vaso de *mosto*? ¿Cuánto más adecuado consonante era éste que no el mes de Agosto, tratándose de una cena, y siendo en invierno por añadidura?

Porque, aun cuando en el invierno no suele haber *mosto*, también al vino formal se le llama *mosto* por extensión, porque lo fué en su día.

Lo mismo que á algunos académicos formales se les puede llamar por la misma figu-

ra malos poetas; porque lo fueron en sus juventudes.

Y además lo continúan siendo.

Pero dejándonos de digresiones, no estará de sobra decir á ustedes que se ha suscitado una disputa, casi un certamen, entre los académicos, sobre cuál es mejor de estas dos redondillas; la copiada del de la Pezuela ó esta otra muy primaveral y muy conocida:

«Hermoso jardín es este.  
¡Calla! Una estatua... Es Minerva...  
¡Y cómo crece la hierba  
Con este viento Sodoeste...»

Las opiniones han estado divididas, y el caso no era para menos; mas al fin parece que por agradecimiento al conde que les dió de cenar, los esplendorosos señores han decidido el caso en favor de la primera redondilla pezolana.

De la primera corresponde pasar á la segunda, y ya es hora; porque ya la primera nos ha ocupado un rato bien grande.

Y vean ustedes lo que son las cosas, y los generales en verso.

Generalmente se dice que el mérito de los buenos escritores consiste en decir mucho en pocas palabras.

Pues bien: el conde de Chestre, no diré yo que en pocas palabras diga mucho.

Pero da que decir.

Descansado como debió quedarle al señor

conde el entendimiento después de haber producido el *engendro* de atrás, continúa:

«El cual...»

Este *el cual* no se sabe á punto fijo si es Madrid, ó si es Ariosto, ó si es Agosto, ó si es el *engendro* del conde de Chestre. Pero demos por supuesto que sea el *engendro*, y sigamos:

«El cual recordaros debe  
Que el martes, á pie ó en coche...»

Este inciso de *á pie ó en coche* es muy importante, es decir, muy ripio, como luego verán ustedes. Se adivina que va á venir la noche. Más que adivinarla, se la ve venir.

Pero adelante; porque si damos en reparar en pequeñeces, el análisis de la carta del conde va á durar medio año. Adelante:

«El cual recordaros debe  
Que el martes á pie ó en coche,  
A las siete de la noche

(Ya vino la noche).

Vengáis á mi *Parasceve...*»

La palabra no es adecuada, pero al conde le pareció erudita, y, por si no encontraba mejor ocasión de encajarla, la encajó aquí.

«Y que hoy suena mi almirez  
En la calle de Pizarro,  
Donde lo ha mudado el carro,  
Junto á la esquina del Pez.»

¡Buen pez está el conde! Habrá creído él que iban á exclamar aquí los lectores y comentaristas,

Pero se equivoca. Por mi parte no estoy dispuesto á llamar á su excelencia *pez* simplemente. En todo caso será un pez con esquinias.

Por lo demás, el almirez del conde debe ser un almirez muy grande, quizá mayor que su falta de numen; como que ha sido menester un carro para mudarle.

Y la verdad es que un almirez colocado en uno de esos enormes carros de mudanzas y viajando de incógnito de una calle cualquiera á la calle de Pizarro, no deja de ser una imagen poética de primer orden.

No menos poética es la idea de llamar á comer á los académicos á son de almirez.

¡Ya, ya!

Si como es moderado impenitente y casi irresponsable el señor conde, fuera progresista, y, á pesar de serlo, progresara, para el año que viene llamaría á sus hermanos á cenar á son de caldero.

Pasemos por encima de otra redondilla, un si es no es más mala que las tres anteriores, en la que, para poder decir impunemente que el pueblo es *católico*, pide prestado un *cólico* á la medicina, y detengámonos en la quinta, que dice:

«Y yo, porque no haya engaño,  
Lo que á daros voy diré;  
Y así mejor os traeré  
A mi cena de *este año*.»

Y aquí sí que pasa otra cosa particular. Aparte de lo antipoético del conjunto, tiene de raro esta cuarteta que entre el *engaño* del primer verso y el *este año* del cuarto no se acierta á decir cuál es más ripio, porque tan de sobra están uno como otro.

Lo del engaño bien demás estaba, porque á nadie se le había de ocurrir en la vida que podía ser engañado por el conde, y lo de que el convite es para la cena de *este año*, tampoco se le ve la necesidad; pues aunque la generalidad de los académicos no pecan de listos, no hay que hacerles tan tontos que fueran á creer que se les convidaba para la cena del año pasado.

Vuelvo á mirar el engendro del conde con objeto de estudiar otra redondilla, y se me ocurre una observación.

Suele llamarse generalmente á los malos versos renglones desiguales; pero estos versos del conde de Chesté, á pesar de ser general el autor, tienen la particularidad, no de ser malos, que esto no es particular en los versos del conde, sino de ser casi iguales de largos á la simple vista, que es la única vista que se debe emplear en semejantes versos.

Al menos así resultan en la edición que de ellos ha hecho *La Epoca*, que, dada la cualidad de malos que los versos tienen, no podía menos de publicarlos.

*La Epoca* los ha publicado con lujo, en una

columna muy ancha, y allí resultan las redondillas del conde tan iguales y tan hermosas (á la simple vista, se entiende), que parecen adoquines nuevos.

Hecha esta observación, vamos adelante por el empedrado.

En la siguiente piedra, labrada en forma de cuadrilátero, reniega el conde de la fe de Baltasar de Alcázar, después de haber renunciado á su inspiración poética, como don Simplicio á la mano de doña Leonor, y dice:

«Hoy no está la devoción  
En vinillo viejo ó nuevo;  
Y no uso á lo que bebo  
Echarle la bendición.»

No, ya se conoce; ni á lo que usted escribe tampoco.

Porque si hubiera usted echado la bendición á esas redondillas, por poco que valiera la bendición de usted, era imposible que hubieran salido tan malas.

Venga otra:

«La morcilla oronda y rica  
No en mi mesa se permite,  
Que la morcilla repite,  
Y el través y enjundia pica.»

Conque la morcilla repite ¿eh? Lo que repite es la *poesía* de usted, señor conde. Caso de que sea poesía, que no lo es sino en el sentido más innoble de la palabra.

Vaya. Allá va otro regüeldo poético de su excelencia:

«En su lugar un pescado  
Del mar ó si no de *balsa...*»

Es verdad; ó sino de río. Sólo que el río no concertaba con la *salsa* que viene detrás en forma de consonante y que siendo salsa aderezada por el conde, dicho se está que ha de ser una salsa muy sosa.

Después entra el conde, sin salir por supuesto de los adoquines, á referir una discusión habida en la Academia entre D. Manuel Cañete y D. Manuel Silvela sobre la definición de la *cacerola*.

Las redondillas en que esta discusión describe el conde, son muy malas; pero la discusión creo que fué peor, si cabe, que escasamente quepa.

El más ministro de los dos Manueles parece que disertó largo y tendido sobre la *cacerola*, vomitando (estilo poético del de Chestre), tal abundancia de noticias desconocidas que el mismo D. Antonio Cánovas se medio asustó y dijo al académico que estaba á su lado: ¡Hombre! ¿*Haz visto* qué erudito es este tonto?

Es imposible seguir al conde adoquín por adoquín en toda su poesía culinario-pedresca, porque es muy larga. Voy á concluir copiando la última redondilla, que dice así:

«Mas la pintura *galana* (¿?)...

El octavo... no levantar falso testimonio ni mentir, señor conde.

«Mas la pintura galana  
Que os hago, me pone enfermo...»

No es extraño. Pero si al conde le pone enfermo, figúrese lo que nos pasará á los lectores que no somos de la Academia.

«Mas la pintura galana  
Que os hago, me pone enfermo...  
Las diez van á dar; me duermo:  
Quédese para mañana.»

No hay inconveniente.

Y mejor todavía que para mañana, para nunca.

Es de notar que el conde-académico se ha dormido una hora y algunos minutos antes que Baltasar de Alcázar.

Pero por eso no hemos de reñirle.

De ninguna manera.

Aunque se hubiera dormido su excelencia un poco más temprano, nada hubiera perdido la literatura.

## XXII.

## CONCLUSION.

No dejaré de haber lectores compasivos que hayan encontrado estas críticas demasiado acerbas. Mas para que reformen su juicio y las tengan por justas, yo les ruego que consideren la enormidad de los desatinos criticados. Y si no es bastante, consideren también que los académicos, que han hecho la carrera por la literatura, y se han subido á los puestos más altos aparentando condiciones que no tienen, y fabricándose allá entre ellos reputaciones convencionales, no merecen que nadie les tenga lástima. *Stulta est clementia*, como dijo Juvenal (1) *stulta est clementia cum tot ubique vatibus occurras...* lo cual quiere decir que es una tontería compadecerse de semejantes poetastros.

También habrá lectores mal pensados que

---

(1) *Satyra I.*